

# CAPÍTULO 1

## Escribir y leer, leer y escribir

*Josefina Mallo, Virginia Sahores Avalís y Stefanía Santovito*

### **¿Que se supone que se pide cuando dicen lean un texto en la Universidad?**

Antes de las fotocopiadoras, las computadoras, los celulares, antes de internet, el estudio estaba asociado a escribir largamente en hojas de papel una gran cantidad de información: los apuntes de clases, los resúmenes de libros, las notas de los libros que no eran propios y que no podíamos escribir o subrayar, las dudas que se llevarían a la clase o que se compartirían con los compañeros de estudio. Y las copias que había que hacer si alguien nos prestaba sus apuntes antes de rendir un final, o su libro, o su resumen... y así. Sin embargo, esto no convirtió necesariamente a quienes pasaron por estas etapas en mejores escritores. Ni académicos ni literarios. Escribir para aprehender supone una habilidad creativa. Hay mucho de esto en los papeles que acabamos de enumerar, sin embargo. Y la parte importante del proceso es poder llevarlo a la luz.

Una autora argentina que es pionera en estudiar los procesos y las dificultades de escribir en la Universidad, Carlino, dijo en su ya conocidos textos (2004, 2005, 2013), se trata de promover la aceptación y superación de las dificultades inherentes a la escritura académica: la dificultad para escribir teniendo en cuenta la audiencia a la cual se dirigen, en segundo lugar el proceso de escribir como modo de transformar el conocimiento al poner en juego los niveles retóricos y semánticos de los textos por ellos producidos, de forma profundamente imbricada con lo ya expuesto la necesidad de una revisión profunda del texto producido y la posibilidad de reescribir como una manera de consolidar los conocimientos y, por último el proceso de escritura como parte del proceso de creación autónoma de conocimiento. Parece complejo, pero la palabra clave en esto es aceptación. Aceptar el proceso de aprendizaje de la escritura para ser autónomos en el conocimiento conlleva una serie de pasos previos y a eso se dedica este capítulo.

Escribir en la academia implica una muy seria habilidad previa, que es leer académicamente. Y vamos a empezar por ahí. Leer en la universidad no es, por suerte, aprender de memoria lo que dice un texto. Es entenderlo. Podemos leer un cuento corto en unos minutos, y un texto académico del mismo largo puede llevarnos mucho tiempo más. Hay que saber, en primer lugar, quien es el autor que estamos leyendo (mucho más fácil que antes de internet, se los ase-

guro), en que tradición está inscripto, cuál es su desarrollo profesional, que perspectiva epistemológica tiene. No es lo mismo leer un texto producido por un integrante de Albasud, que escriben desde la teoría crítica del turismo, que un texto escrito por un miembro de la OMT. Si ya se conoce al autor, es fácil. Si no, eso nos prepara un poco para saber a qué atenernos.

También hay que saber en qué disciplina se formó, y en cual sigue trabajando. Nuevamente, un trabajo de historia del turismo escrito por historiadores pone en discusión conceptos que son fundamentalmente distintos en ambas disciplinas, por ejemplo, muy pocos historiadores se basan en la teoría de sistemas, y por lo tanto les costará ver al sector inversor como algo necesariamente distinto de la comunidad local si no hay inversión externa. No existe el “sector privado” si no se adhiere a esa teoría. Y entonces muchas preguntas con las que ustedes se acercan a este texto no serían respondidas, al menos no literalmente.

Frente al texto, hay también muchas prácticas distintas para entenderlo. Una primera lectura global, para tener una idea de sus alcances. Señalar lo que en el colegio secundario se llamaban las ideas principales, es decir, las hipótesis, las preguntas de investigación, la propuesta de trabajo es algo que se da por sobreentendido que van a hacer. Estar atentos a la metodología con la cual el autor propone resolver el tema: si propone una revisión de la literatura, solamente da lugar a una corriente o discute autores con los que no está de acuerdo es un punto interesante. Si propone revisar políticas públicas, mira un conjunto que con qué características fue seleccionado es algo a tener en cuenta. Si va a discutir informes estadísticos ¿solamente discute interpretaciones o discute la manera en la que se desarrolló la recopilación de datos? Si propone un trabajo etnográfico ¿cuál fue el criterio en la selección de informantes? ¿Qué tan legitimados están por sus comunidades? ¿O están legitimados por la teoría en la que el autor se inscribe?

El segundo punto, que a veces es difícil por las propias prácticas escriturales de quienes produjeron los textos, es separar los argumentos de las observaciones. ¿Es convincente cuando descarta datos, o cuando los incorpora, para apoyar el argumento? ¿Solamente se apoya en la teoría y fuerza la explicación? ¿Está el texto plagado de datos de color que es imposible comprobar si son generalizables al punto que el autor propone? Hay autores que dan tantas excepciones a sus propios argumentos a lo largo de los textos que al terminar no le queda la potencia con la que los presentaron al principio.

El resumen, por afuera del texto, es una excelente práctica. Antes de todo aquello que habíamos comentado al principio, existía la costumbre de fichar los textos. Es un excelente método de estudio, mucho más fácil ahora que las computadoras nos permiten realizar gran parte de ese trabajo y tenerlo más cómodamente encima. La imagen de alguien desesperado frente a un fichero desparramado en un charco no era algo inusual. Entonces ¿qué hacemos? El resumen es una versión abreviada del texto. Mientras mejor lo hayamos leído, más breve será el resumen, ya que pocas palabras evocarán teorías, argumentos y datos. Las fichas, en plural, nos permiten organizar esa información para poder entrecruzarla: Fichas por texto, fichas por tema, donde más de un texto será referenciado, fichas metodológicas del texto y fichas de metodologías, donde podemos agrupar textos afines en su trabajo de campo y contrastar si todos

estos autores que dicen seguir ciertos métodos lo hacen igual, fichas para agrupar teorías. Obviamente, fichas de autores. Como verán, esto nos obliga a visitar el texto y nuestras propias escrituras. Pero también nos permite ver trayectorias de investigadores, itinerarios conceptuales, desarrollos teóricos y analizar el alcance de las metodologías. No es algo que se resuelva rápido, sino que nos permite construir nuestro conocimiento, nuestro lenguaje investigativo, profesional y personal.

Porque la lectura universitaria es poner en relación autores, problemas, teorías. Y esa relación se escribe. Si la escriben con anterioridad, y la leen, la revisan, la repensan, la refinan están aprovechando enormemente la lectura.

## **Aunque a veces hay hallazgos, para buscar hay que saber que se quiere encontrar**

Estas formas de leer que veníamos comentando se refieren a todos los textos, pero en esta materia se suma un problema y es que ustedes deben buscar información para escribir sus trabajos. Y esta información tiene que ser evaluada por ustedes en cuanto a su pertinencia y a la posibilidad de uso en los temas que van a desarrollar. Y por supuesto para eso deben leerla. Dos colegas de la Facultad de Psicología de la UNLP, Roldán y Zabaleta, comentan que para acceder a un significado global y coherente el lector no sólo debe establecer relaciones entre las distintas partes del texto, sino que debe además reponer información no presente en el mismo para completarlo a partir de su conocimiento general del mundo y de sus conocimientos específicos del dominio. (2017)

Esto supone que por un lado entienden cuáles son los conocimientos específicos del dominio, es decir la producción científica en turismo, y la pueden relacionar con otros conocimientos. Es decir, hay dos tipos de información distinta: la información que está escrita para enseñar y la que está escrita para dar a conocer algo. No es lo mismo un manual, o un texto académico, que un barómetro o una noticia periodística. Por eso, para buscar la información (y para escribir información, obviamente) hay que ser consciente de algunos puntos:

a) En primer lugar, el público al que se dirige. Se puede buscar información académica rápidamente en buscadores académicos como Google Académico, pero muchas veces no nos permite acceder a ese documento que parece mucho más prometedor. Y tenemos dos alternativas, o lo descartamos o estamos un largo rato tratando de encontrar una copia en la red. Pero en esos buscadores muchas veces hay documentación que alimenta los trabajos académicos pero que no son exactamente trabajos académicos. Es decir, son valiosos, muy valiosos, pero no responden a la consigna de la búsqueda. O trabajos que han sido subidos a repositorios personales, redes de investigación y que todavía no han sido validados por el conocimiento científico. Porque los documentos científicos, como veremos en el apartado que sigue, se evalúa por pares permanentemente. Entonces al buscar un texto académico tenemos que tomar

con pinzas las obras publicadas por el propio autor, que no están evaluadas y que requieren un gran esfuerzo de nuestra parte evaluar.

b) El primer lugar para buscar bibliografía debería ser la red de bibliotecas de la Universidad, en la que además hay profesionales que pueden guiarlos en la búsqueda y colaborar con una serie de problemas que se enfrenta un lector que no conoce ese mundo. Y que también están presentes en los buscadores de todo tipo en la red, porque muchos bibliotecarios han colaborado en sus desarrollos. Aprender a usar la búsqueda booleana, los tesauros para encontrar información consistente (que se pueda comparar una con otra), los distintos índices e incluso recursos que en internet están cerrados para el común de las consultas, pero que distintas instancias (el Ministerio, la Universidad y la Facultad misma) destinan fondos para comprar y a los que se puede acceder desde la Universidad, como el servicio de la Biblioteca Electrónica de Ciencia y Tecnología. Lo mismo corre para una gran cantidad de información que está en papel.

c) Las fuentes de información no académicas tampoco son todas iguales, y hay buscarlas tratarlas teniendo en cuenta que información se le quiere pedir. No es la misma información la que nos dará el cuerpo de una ley que el debate que se dio en la legislatura durante su proceso de sanción, su reglamentación, o los fundamentos que expone al inicio del proyecto quien la presentó. Y si bien se pueden trabajar en conjunto nos darán información muy distinta sobre cómo el Poder Legislativo entendía que debía resolverse el problema, algunos intereses que se pusieron en tensión antes de sancionarla, las intenciones de quienes promovieron esta ley y como el Poder Ejecutivo entiende que hay que llevarla adelante. Son todos componentes de esta ley, pero al mismo tiempo son fuentes que nos van a dar distintas visiones sobre su conformación y contenido. Lo mismo puede decirse de un sinnúmero de fuentes que no fueron pensadas para que sean insumo de estudio ¿Cómo y con qué criterio se van a seleccionar un grupo de fotos de egresados en Bariloche? ¿Para explicar, para reforzar un argumento, para incorporar una imagen que sintetice nuestra postura? Cuando se utilizan fuentes académicas generalmente se deja muy en claro las discrepancias con las mismas. Cuando se utilizan fuentes no académicas hay que dejar también en claro los puntos en contacto que queremos poner de relieve. Si en un texto sobre la Quebrada de Humahuaca hay una foto sobre la fiesta del estudiante ¿Está hablando de exceso de turismo, de la gran cantidad de público joven que la elige como destino turístico, de la capacidad de carga de los espacios urbanos?

## **Facilitar el reconocimiento de distintos tipos de escritura académica**

El presente libro trata de acercarlos no solamente a las diferencias de la literatura académica que ustedes produzcan (informes, ensayos, reseñas bibliográficas, monografías) sino también colaborar en la identificación de los distintos tipos académicos que pueden encontrarse al buscar bibliografía y comprender porque algunos son tan asertivos y otros no.

Desde mediados de la década de los 90 del siglo pasado se ha impuesto en la comunidad académica un imperativo conocido como el “publicar o morir”. Investigadores y docentes son evaluados en gran parte del mundo por la cantidad de publicaciones que tienen y, además, por donde estas publicaciones son realizadas. Por suerte en el ámbito de las ciencias sociales de nuestro país estas condiciones están relativizadas por otros indicadores, y permite un poco más de libertad a docentes e investigadores.

De todas formas, subyace al proceso de escribir la necesidad de ir conversando las ideas con sus pares. En su caso, en los trabajos grupales se da en la propia dinámica del grupo. ¿Pero qué pasa con las escrituras en solitario? ¿Cómo evalúa quien está escribiendo su tesis de posgrado, avanzando en un tema de su interés paralelo a esta, que está en la dirección correcta? Una parte fundamental en este recorrido la cumplen quienes dirijan tesis y también los propios grupos de investigación. Pero esto corre el riesgo de generar una discusión endogámica al interior de las Unidades Académicas, y, además, solamente nos permitiría enterarnos del desarrollo de una investigación cuando la misma ha sido terminada. Para subsanar estos problemas quienes investigan tienen a las publicaciones en distintos ámbitos como medios para discutirlos con quienes estén interesados en estos problemas.

Inicialmente las primeras aproximaciones, los diseños de investigación, las exploraciones metodológicas, los estados de la cuestión avanzados suelen presentarse en jornadas, congresos, *workshops* y seminarios. Entonces las ponencias nos ponen frente a los desafíos, a las posibilidades de exploración que abren ciertos temas, y son muy interesantes para leer, mientras más cercanas en el tiempo a nosotros más desafiantes pueden parecerse. Pero al mismo tiempo perdemos una parte de esta discusión, que son las preguntas y los comentarios que se hicieron en vivo cuando la ponencia fue presentada.

Por suerte para nosotros, muchas de estas discusiones se presentan como relatorías de congresos, pero generalmente se incorporan a un segundo tipo documental: los artículos de revistas científicas. Estos artículos, muchas veces de manera explícita, muchas veces después de variados diálogos después de varios encuentros científicos, resumen los caminos que estos autores han tomado para solucionar estos problemas. En alguna medida puede decirse que el artículo científico plasma la posición de quienes lo escriben en una de las *facetas* de su investigación. Nuevamente, pueden explorar en mayor profundidad los avances generales de un tema, tomando la forma de un ensayo bibliográfico crítico o un texto que consideran fundamental si escriben una reseña bibliográfica. Pueden también poner a prueba una metodología o una teoría considerando un caso de estudio. Pueden presentar ajustes al diseño de una investigación dando cuenta de los avances y los obstáculos que tuvieron para su desarrollo. Y muchas variantes más.

Generalmente, cuando leemos una recopilación de ponencias o un artículo científico, encontramos distintas maneras de ponernos en contacto con los autores, y esto justamente se debe a la necesidad de discutir y dar a conocer su trabajo. Y esta es una manera muy común de ponerse en contacto y establecer redes con autores con problemas afines, que suelen responder a los requerimientos de colegas y estudiantes para discutir este tipo de trabajos.

Los equipos de investigación o los investigadores que llevan varios encuentros debatiendo juntos temas afines suelen publicar compilaciones en forma de libros en los que cada capítulo tiene autorías diversas, (como este) y en el que los coordinadores suelen presentar las líneas en común (como nosotras ahora). Estos trabajos muestran una de las formas más fructíferas de la discusión en equipo, respaldando las individualidades de la creación de algunos conocimientos y mostrando las líneas comunes, las divergencias y los posibles caminos a seguir.

Por último, queremos presentarles las monografías individuales, que pueden ser tesis de grado, de posgrado o libros. Los autores se corresponsabilizan de la totalidad de la obra, a diferencia de las compilaciones, si son creaciones grupales, pero sobre todo presentan una idea más acabada de los autores sobre los temas que versa, y suelen escribirse al final de un proceso de investigación. Muchas veces la publicación de un libro suele presentarse al final de un proceso a partir del cual se variará el tema de investigación, se indagará en otras sociedades, otros períodos o se continuará con algún tema que se desprende del mismo.

## **Explicar el alcance y la importancia de las normas de citación como práctica académica**

Escribir es una actividad dialógica, en un doble sentido: por un lado, es una actividad retórica, es decir, dirigida a un lector, lector que ha de internalizar quien escribe, y es ese lector el que regula -en parte- lo que se dice al escribir. También es una actividad dialógica porque es una actividad intertextual: se escribe a partir de textos, acerca de textos y lo que se escribe es insumo para que otros escriban sobre textos. (Carlino, 2008)

Si escribir es una actividad que se realiza en el diálogo, es importante que quienes estén en este puedan interpretar lo que se dice. Esto requiere de un lenguaje común, que no está limitado solamente al idioma sino también al uso del lenguaje técnico y, sobre todo, a poder compartir una serie de referencias. Porque como indica Carlino es también un diálogo entre textos. Entonces es fundamental que quienes leen puedan corroborar los textos. Para esto existen las normas de citación.

Normas de citación hay muchas, y todas siguen por un lado la misma lógica: 1) que se pueda acceder a los textos sobre los que se discute o en los que se apoya lo escrito, sean académicos o sean no académicos, pero se hayan utilizado para generar el conocimiento. En que versión, que idioma, que soporte incluso es importante para que se pueda corroborar la información brindada. 2) que con un recorrido no muy confuso sepamos con qué tipo de documentación se ha escrito el texto. ¿Bibliografía actualizada? ¿Mucha teoría? ¿Sigue una escuela y discute muchas fuentes de información?

Pero, por otra parte, las normas de citación difieren porque difieren en lo que esperan de la *experiencia de lectura*. Tomemos el ejemplo de las dos normas de citación que se usan en la materia, nuevamente, hay muchas otras.

Las normas conocidas como Chicago son normas muy utilizadas por los historiadores. Si bien hoy en día aceptan la notación francesa (entre paréntesis el apellido del autor, el año de publicación y si correspondiere la página) suele ser más común su uso como nota al pie. Esta lógica tiene relación con el uso de la escritura histórica de señalar al pie una gran cantidad de observaciones de muy diversa índole que entorpecerían la lectura en el cuerpo principal del texto. Entonces es común encontrarnos en textos historiográficos con páginas en las que el balance entre la nota al pie y el cuerpo del texto nos parece desproporcionada. Se utilizan para introducir cuestiones que sería muy complicado en el cuerpo general del texto: señalar autores que confrontan o corroboran las premisas del párrafo, hacer acotaciones que entorpecerían la redacción del párrafo y que pueden iluminar las argumentaciones pero que serían sobreabundantes, dar cuenta de dudas o de recorridos y trayectorias de investigación que lleva a quienes escriben a adoptar una postura determinada, contextualizar la cita en un párrafo más amplio, entre otros usos posibles. La *experiencia de lectura* con este tipo de cita se supone reiterativa: en algunas ocasiones el lector interrumpirá el párrafo para mirar la nota al pie, en otras no.

Por su parte las normas de citación APA, que son ampliamente utilizadas en el campo de los estudios en turismo, suponen una *experiencia de lectura* totalmente distinta. Se espera que haya muy pocas notas al pie, las normas APA suponen siempre la notación francesa, y que la discusión se lleve en el cuerpo del texto. Por lo tanto, las notas aclaratorias al pie serán muy pocas y las referencias tanto a los textos teóricos como a las fuentes de información se darán en el listado al final del capítulo o del libro. La fluidez de la lectura supone un ejercicio de concentración tanto por parte de quien escribe cuanto por parte del lector, ya que las segundas y terceras lecturas no incorporaran información descartada al comienzo, sino que serán profundizando las ideas ya presentadas.

Un tercer aspecto que hay que tener en cuenta al pensar en las normas de citación y en la necesidad de seguirlas cuidadosamente es la honestidad intelectual. El conocimiento es una creación colectiva, es cierto, en tanto se construye en diálogo con otros científicos. Pero esto no impide reconocer la autoría de esos componentes de nuestro conocimiento, o de aquel que impartimos. No hay nada más solitario en el ámbito científico que no tener con quien dialogar los temas que nos interesan, y no hay nada más denostado que el apropiarse de las ideas de otra persona. Para esto están las normas de citación, que incluyen las comunicaciones personales: para dar crédito a quienes pensaron primero o a quienes nos ayudaron a desarrollar una idea, a corregir un error, a tomar en cuenta posibles nuevas aplicaciones de teorías.

## Referencias

- Carlino, P. (2004). El proceso de escritura académica: Cuatro dificultades de la enseñanza universitaria. *Educere*, 8(26), 321-327.
- Carlino, P. (2005). Escribir, leer y aprender en la universidad. *Una introducción a la*.
- Carlino, P. (2008). Leer y escribir en la universidad, una nueva cultura. Por qué es necesaria la alfabetización académica? *En Los desafíos de la lectura y la escritura en la educación superior: caminos posibles. Cali, Colombia: Universidad Autónoma de Occidente.*
- Carlino, P. (2013). Alfabetización académica diez años después. *Revista mexicana de investigación educativa*, 18(57), 355-381.
- Roldán, L. Á., Zabaleta, V., Roldán, L. Á., & Zabaleta, V. (2017). Desempeño y autopercepción en comprensión lectora en estudiantes universitarios. *Cuadernos de Investigación Educativa*, 8(1), 77-96. <https://doi.org/10.18861/cied.2017.8.1.264>